

El don de la alegría

Estela estaba molesta. Llevaba varias semanas ilusionada con irse a la playa con su familia y unos amigos, ¡y justo sucede esto! Al ver a Talía, su hermana menor, corretear hacia el fondo de la camioneta para ayudar a descargar, se enojó aún más. ¡Talía siempre se las arregla para estar de buen humor!

Estela tomó su abrigo, metió los juguetes de playa en la bolsa y se dirigió hacia la arena.

Un viento frío azotaba las olas, cosa que recordó a Estela de la espuma que forma la leche encima del chocolate caliente. *Sería divertido nadar en un mar de leche chocolatada*, pensó. Pero después recordó la irritación que sentía y dio rienda suelta a sus pensamientos: *Detesto el viento y las olas. ¡Por su*

culpa ya no podremos nadar, porque hace demasiado frío y el mar está peligroso!

Estela se dejó caer en la arena mientras todos los demás rápidamente se ocupaban en otras actividades. José, Talía y Adriana se pusieron a jugar espontáneamente a la pega, mientras que David examinaba un tronco desgastado por el clima y los elementos, en busca de alguna señal de vida entre sus recovecos.

Unos minutos después, los padres de Estela reunieron a los niños para decidir qué hacer, en vista de que hacía demasiado frío como para nadar. José sugirió que rezaran para pedir al Señor que mejorara el clima. A todos les pareció buena idea. Alfredo les recordó que aun si el clima no cambiaba, Jesús podía hacer que la pasaran bien.





A Estela le costó concentrarse mientras oraban. *Ufff*, pensó, mientras pateaba la arena.

Poco después todos los niños salieron en busca de lo necesario para construir un fuerte con toallas y palos de bambú, para jugar y protegerse del clima. Estela se quedó sentada removiendo la arena con los dedos de los pies. Cada vez se ponía más malhumorada. Tras unos minutos de mirarse fijamente los dedos de los pies, acercó las piernas al cuerpo, descansó la cabeza sobre las rodillas y se quedó dormida.

Estela se encontraba en una caverna oscura, caminando por un sendero iluminado únicamente por la luz que se colaba por la apertura de la cueva. Cuanto más se internaba en la cueva, menos veía lo que la rodeaba. Vislumbró a la distancia una diminuta lucecita que parpadeaba.

Al acercarse a la luz, descubrió que se trataba de una luciérnaga que se había posado en una roca. Junto a la roca había un farol de vidrio sostenido por un palo largo.

Estela abrió la puertita que había en el farol y colocó la luciérnaga en su interior. De inmediato, toda la cueva se iluminó con una hermosa luz radiante. El lugar estaba repleto de hermosas joyas que adornaban las rocas y el suelo de la caverna. En sus paredes colgaban bellos cuadros y tapices. Estela se sintió feliz y emocionada al tomar una de las joyas.



Estela despertó justo cuando sintió un pelotazo en la espalda.

—¡José! —le gritó riéndose.

Enseguida recogió la pelota de fútbol y corrió tras él. Los niños siguieron jugando a la pelota durante casi una hora. Agotados, se echaron boca arriba en la playa cerca del fuerte que habían construido y comenzaron a identificar formas en las nubes.

—Veo un conejo.

—Y yo, una limusina.

—Esa de ahí parece un elefante que agita su trompa por los aires.

—Y la de más allá parece un pastel de cumpleaños con velas.

Así continuaron, riendo entretenidos con lo que detectaban y describían en las nubes. Tan bien se lo estaban pasando, que Estela olvidó por completo el frío y la falta de sol que supuestamente les había echado a perder el día de playa.

Estela se incorporó de un salto y se puso a brincar por la orilla del mar, mientras agradecía a Jesús por haberle concedido tanta alegría. También se disculpó con Él por haber estado tan malhumorada más temprano. A medida que reflexionaba acerca de lo mucho que Él la amaba, escuchó Su voz hablándole al alma.

—La cueva oscura que viste representaba tu corazón cuando estabas triste —le dijo Jesús—. La luciérnaga que encontraste es como el don de la alegría que tengo para ti. A veces te olvidas de Mí y de la alegría que puedo darte porque te concentras en lo que parece triste o negativo.

—Cuando me alabas, la alegría que procede de Mi amor iluminará tu vida y entonces podrás apreciar los tesoros que te tengo deparados. Hasta en situaciones perturbadoras o difíciles siempre te tengo reservados tesoros de amor y felicidad.



Estela se sintió muy contenta y quiso expresar su gratitud a Jesús por ayudarla a recordar tan importante lección.

—Te doy gracias, Jesús, porque tengo diez dedos en los pies con los que puedo jugar en la arena. Te agradezco que puedo saltar e incluso nadar cuando no hace frío. También te doy gracias, Jesús, por lo entretenido que fue hacer algo diferente en este día, aun si no pudimos nadar. Estoy feliz de haber hecho algo con mis amigos. También, que trajimos unas meriendas muy ricas...

Al principio Estela pensó que le resultaría difícil pensar en más de un par de cosas por las que agradecer a Jesús, ¡y resulta que ahora ya no podía parar!

De pronto, se dio cuenta de que había ocurrido algo especial: el viento había parado. El océano se había calmado. Miró

hacia el cielo y advirtió que las nubes estaban despejándose y que el cielo estaba radiante y azul.

—¡Yúpiiii! ¡Parece que podremos meternos al agua después de todo!

Estela dio una voltereta un poco chueca en la arena y cayó sobre su trasero en lugar de sobre los pies. Se rió, se sacudió la arena con las manos y corrió de vuelta a donde se encontraban los demás, para asegurarse de que se habían dado cuenta de que el clima había mejorado.

—Lo fabuloso —pensó—, es que conseguí ponerme de buen humor aun antes de saber que el día se arreglaría totalmente. Pase lo que pase a mi alrededor, puedo concentrarme en la luz y la alegría que Jesús ha puesto en mi corazón.

